

DEL SEÑOR

D. ANTONIO F. GRILO.

¡ELLA Y ÉL!

INVERNADERO IDEAL.—EN LAS ERMITAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

MI FUENSANTA.—LA HAMACA.—LA NIEBLA.

TU TRAJE AZUL.

¡ELLA Y ÉL!

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA VIUDA DE CASA-TORRES.

Fíjome lontananzas y paisajes,
Tardes breves y cándidas mañanas;
Bosques, quintas, palmeras y follajes;
Noches serenas del silencio hermanas;
Miro horizontes de color de rosa,
Un lago azul que tiembla y languidece,
Y una luna discreta, que envidiosa,
Ilumina, consuela y enmudece.

Miró en la majestad del Himeneo
Dos corazones que en tranquila calma
Se sacian en las fuentes del deseo
Allá en las noches del festin del alma.

Al par los miro descorrer los velos
De santas dichas y de amor profundo;
Fundir en una lágrima dos cielos,
Abarcar en un éxtasis un mundo;

Una mirada lánguida, indecisa,
De otra mirada entre la luz bañarse;
Devolverse sonrisa por sonrisa
Y lágrima por lágrima cambiarse,

Y el corazon, para sentir despierto,
Exclama en su insensato desvarío:
¡Cómo debe llorarla el pobre muerto
Allá en la ausencia del sepulcro frío!

Él recogió de tus velados ojos
La luz primaveral de Andalucía;
Tuvo en tus bucles y en tus labios rojos
Cárcel de amor y copa de ambrosía.

Sol de tu juventud, árbol caído,
Tendió cual sauce su follaje al suelo;
¿Quién sabe si su espíritu escondido
Prefiriera á ser ángel en el cielo
Ser de nuevo en el mundo tu marido?

.
.
.

Vino la tarde del alegre día,
Y de la noche en el medroso manto,
Cuando en tus ojos y en tu amor vivía,
Se murió..... como yo me moriría
Y otro cualquiera que gozára tanto!!

18 de Abril de 1873.

INVERNADERO IDEAL.

—
Á SOFÍA.

Para dormir las rosas,
Los nardos y los lirios,
Cárceles de cristal en las estufas
Tienen guardando sus aromas tibios.
Allí camelias blancas
Y juncos amarillos,
Con madreselvas, hijas de las noches,
Guirnaldas cuelgan en flotantes hilos.
Como la flor su estufa
Y el pájaro su nido,
Y el entreabierto cáliz del capullo
La trasparente gota de rocío,
El alma de las flores,
La esencia del espíritu,
La gentil y purísima doncella,
Rasgo viviente del pincel de Urbino,
Esconde su hermosura
En el fanal magnífico,
Que alfombras visten, que perfuman flores,
Y á quien da su esplendor el paraíso.

Su techo no es la nave
Ni es el arco bendito,
Que bordan con fantásticos reflejos
Las lámparas que crujen en sus vidrios.
Allí no rueda el eco
Ni el acordado ritmo
De las veladas vírgenes que en coro
A Dios elevan amorosos himnos.
No es templo, y allí flota
Un reflejo suavísimo,
Que al llegar á la puerta..... dulcemente
Llena de paz el corazón tranquilo.
¡Allí está! de la estancia
Al umbral detenido,
La contemplan extáticos mis ojos,
Postrada ante los piés del crucifijo.
Cerca del casto lecho
El cadáver bendito,
Pendiente de una cruz, con ambos brazos
Al ángel guarda del gentil recinto.
Sobre almohadon de plumas,
En la alfombra tendido,
De rodillas la cándida doncella
La imagen finge del pincel divino.
Creacion fascinadora,
Amor del amor mismo,
Espuma virginal de la pureza,
Del ángel y del cielo regocijo,
En sus ojos azules
De las pestañas el esmalte vivo,
La nieve de sus párpados sombrea

Cual pétalos de oro sobre un lirio.
Ni el cuello de paloma,
Ni el hombro alabastrino,
Los deja ver la cabellera rubia
Que en ondas cuelga de flotantes rizos.
.....
Si así postrada reza
La niña en su retiro;
Si á solas con sus padres y sus flores
Llena de luz el virginal recinto;
Si allí sus sueños de oro,
Como apacible río,
Resbalan entre búcaros y cintas,
Entre la cruz, la música y el libro,
Cúbrela con tus brazos,
Guárdala así, ¡Dios mio!
Conserva de sus padres la ventura,
Ya que por galardón nos la has traído,
Y haz que nadie comprenda,
Al verla ante los piés del crucifijo,
Si es la doncella que desciende al mundo,
Ó el ángel que se vuelve al paraíso.

15 de Abril de 1873.

EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí, junto á las nubes,
La alondra trina;
Allí tiende sus brazos
La cruz divina.

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan

Los ermitaños.

El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas jardines
Donde esconderlas;

En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De Abril en las auroras
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves,

Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas!

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre

Á los que desde el llano
Van á la cumbre...

Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
¡ Más larga es la vereda
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad á los que rezan
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
¡ Caravana bendita
De aquel desierto!

Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestras
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.

Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡ Allí pasa la vida
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge

La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

Calavera sombría,
Que en bucles bellos,
Adornaron un día
Ricos cabellos.

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.

¡ ¡ Qué resta ya, del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!!

La huella polvorosa
De un sér extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño!

Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡ ¡ Muerte!!
Y una cruz: ¡ ¡ vida!!

.
.
.
.

¡Muy alta está la cumbre,
La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!!

Madrid, 1873.

MI FUENSANTA.

Te soñé como al mar; mi fantasía
Ni vió tu rostro, ni escuchó tu acento,
¡Y ya te conocia!
Mis tardes breves y mis noches largas
Las alumbraba tu candor divino,
Y derramando lágrimas amargas
Luchaba por hallarte en mi camino.

.....
Una noche... los céfiros del rio
Me trajeron aromas y rumores,
Y abrí mi corazón, como las flores
Su cáliz abren al primer rocío.
Del alma amante, de gozar ansiosa,
De su ilusión en la gentil mañana,
Se lanzó bulliciosa,
Parándose cual pobre mariposa
Al borde del cristal de tu ventana.
¡Eras tú, vida mía!
Tú eras la imagen de mi amor primero
Que á través de los vidrios sonreía!
¡Qué pestañas tan negras sombreaban
Aquellos ojos garzos y atrevidos
Que ya me tuteaban!